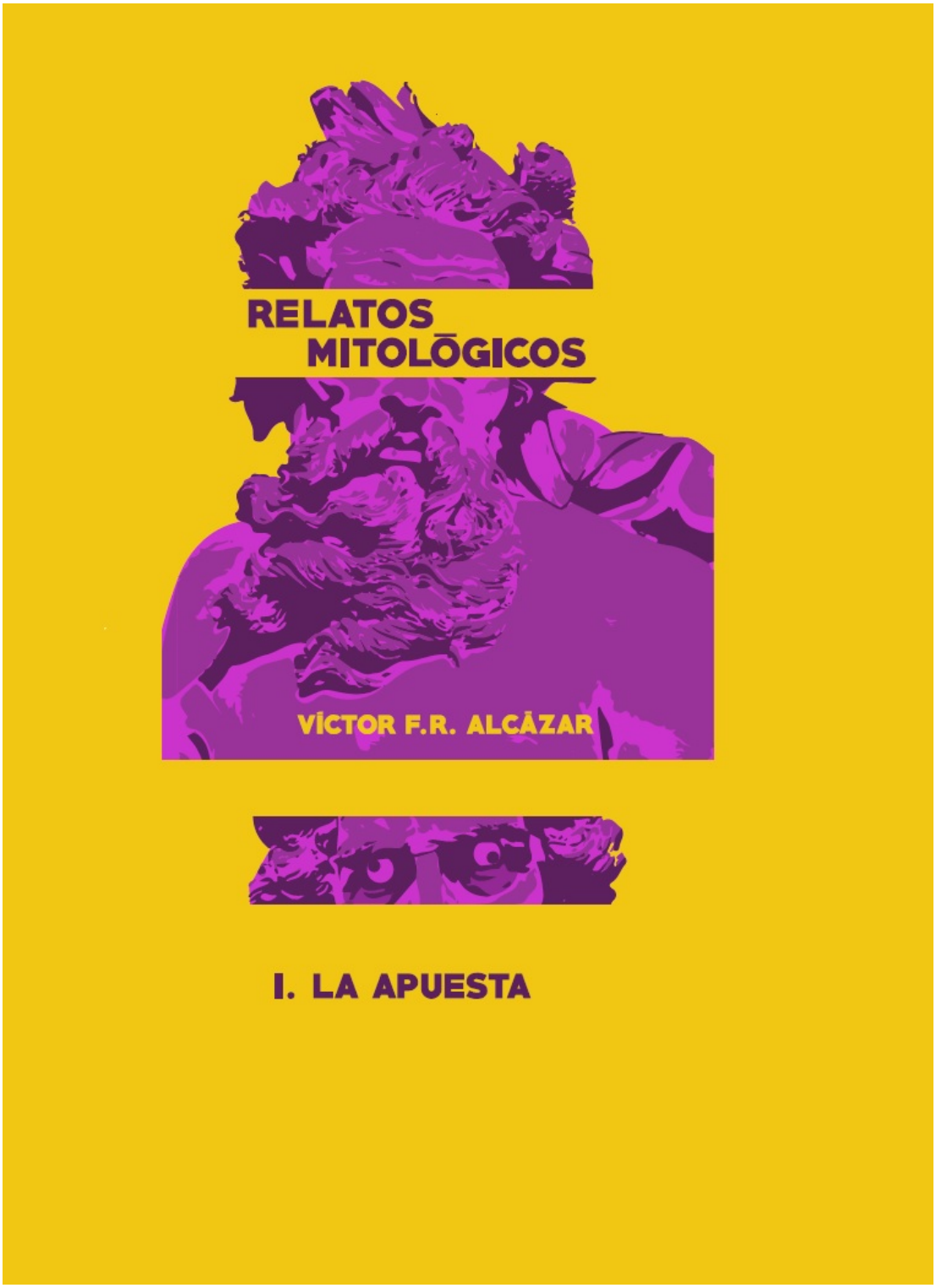
Cuentos mitológicos. La apuesta.

Víctor F.R. Alcázar



Capítulo 1

El despertar

Aquella mañana, en palacio, todo el mundo trabajaba diligentemente y en silencio. Hacía unas horas que corría la voz de que Zeus se había retirado muy tarde y en un estado lamentable. Las vomitonas y meadas marcaban su trayectoria errante entre las columnas. Por todo ello, los criados se afanaban en eliminar cualquier rastro de aquel desaguisado porque cada vez las resacas del jefe eran más tremendas.

Y en efecto. Poco antes del mediodía se inició una terrible tormenta sobre la mitad oriental de Grecia con gran aparato eléctrico. Al despertar de su borrachera Zeus enviaba rayos y centellas por doquier. Lo primero que notó al despabilarse fue el hocico de Pegaso. Al parecer había dormido en las cuadras.

Tampoco era la primera vez, ya que Hera tenía por costumbre echarle de la real alcoba cada vez que acudía a dormir en estado “achispado”. Y, después del real lecho, el sitio preferido para dormir por el rey de dioses eran las reales cuadras.

Pelotillero, como siempre, Pegaso empezó a lamer la real mejilla. Pero Zeus, que no estaba para tonterías de ese tipo, lo apartó de un real manotazo.

Una vez despejado, dentro de lo que cabe, Zeus decidió incorporarse y, sacudiendo de su túnica las briznas de pajas y excrementos de caballo adheridos, recobró la verticalidad.

Ligeramente mareado, con un atroz dolor de cabeza y con la garganta totalmente seca, se dirigió con torpes pasos hacia el abrevadero y allí sumergió la real cabeza, bebiendo enormes tragos de agua.

Aquello pareció aliviar, en parte, su estado físico y anímico. Así que, secándose la cara con la faldilla de su túnica, decidió encaminarse hacia algún sitio donde pudiera comer algo.

Su larga experiencia en resacas le indicaba que un buen desayuno, acompañado de una buena ración de vino fresco y seguido de una buena siesta reparadora disiparía todo el malestar que ahora tenía.

Pero al llegar al real comedor todas sus expectativas de relax se vinieron abajo: allí estaba su amadísima esposa Hera que al verle llegar y a modo de saludo le lanzó una mirada asesina.

- Supongo que te acordarás que hoy hemos quedado para cenar con los romanos. Y por la pinta que traes te hará falta un buen repaso si quieres mantener un mínimo de dignidad.

Zeus se miró dubitativo y lo que vio no le gustó nada. La túnica estaba llena de manchas de todos los colores. Las sandalias, sucias a más no poder, dejaban ver unos dedos de los pies de lo más penoso, con uñas largas y descuidadas. En ese estado depresivo solo se le ocurrió mirarse en uno de los espejos que Hera había dispuesto a la entrada de la sala. El resultado fue terrible: la imagen reflejada era la de un anciano con el pelo alborotado, ojeroso, encogido por algún dolor de espalda, con brazos y piernas flacas. Sin chicha. Una triste caricatura del aspecto que un rey de dioses tenía que tener.

Cabizbajo y casi en un susurro se dirigió a Hera:

- Yo solo venía a desayunar un poco. Después iré a arreglarme.

- ¿A desayunar dices? La hora del desayuno pasó hace horas. Esto es el almuerzo. Y harás bien en arreglarte pronto porque ya sabes cómo son "ellos".

"Ellos", los romanos, eran el tontolaba de Júpiter y la cursi arpía de su esposa Juno, un matrimonio romano que se habían instalado, tiempo atrás, en el vecindario. Hera había trabado amistad, por decirlo de alguna manera, con Juno y ahora todo eran "Venid a comer a casa", "Podríamos quedar para cenar…" "Os esperamos este fin de semana. ¡¡¡Júpiter hace unas barbacoas…!!!"

Evidentemente Zeus había olvidado por completo la cita y el volver a recordarla no hizo nada para restablecer su estado físico y, sobre todo, emocional.

La última vez que se reunieron quedó como un patán. Queriendo impresionar a Júpiter, se presentó adornado con un montón de joyas y alhajas (algunas, incluso, propiedad de su esposa). En cambio el romano no llevaba más que una simple toga cándida sin ningún adorno.

- ¡Qué barbaridad querido Zeus! Perdona que te lo diga pero pareces un paleto, o peor todavía, un nuevo rico. ¡Ya no se lleva tanta quincalla! ¡Ahora triunfa la sencillez! ¿Verdad querida Hera?

- Por supuesto. - Contestó ella. - Pero este tozudo nunca me hace caso.

Intentando apartar de su mente ese desdichado suceso Zeus se dirigió abatido a las reales cocinas. Tenía la esperanza de encontrar a Hestia, su fiel cocinera, que sin duda le prepararía un buen ágape para mitigar sus

penas.

En efecto: al entrar en las reales cocinas vio a Hestia sentada en uno de los bancos dispuestos a ambos lados de una larga mesa, donde presumiblemente, comían todos los que trabajaban en aquel recinto.

- Hestia, cielo mío, ¿puedes darme algo de comer? Estoy muerto de hambre.

Hestia, dejando de picotear aceitunas del bol que tenía delante, hizo unos gestos hacia los criados de la cocina y contestó a Zeus.

- ¡Otra noche de parranda, eh! No te preocupes. Ya he dado órdenes para que te preparen un refrigerio reparador. ¡En nada estarás como nuevo!

- Gracias Hestia. No sabes cómo te lo agradezco. Tú sí que me entiendes. Estoy muy abatido y necesito comprensión. Y de paso algo para llenar mi barriga.

- Eres basto hasta decir basta, pero sí que en verdad necesitas recomponer tu aspecto.

Acababa de decir estas palabras cuando una procesión de criados empezó a depositar en la mesa bandejas de variados manjares y un par de jarras de vino.

El rey de dioses empezó a devorar aquellos deliciosos manjares acompañándolos, de vez en cuando, con un buen trago del estupendo vino fresco. Entre alabanzas dirigidas a Hestia, y una buena serie de eructos, acabó el festín. Después, felicitando y dando las gracias a todo el mundo a grandes voces, al tiempo que rubricaba todo ello con un sonoro cuesco, se dirigió a los jardines de palacio. Su destino final era la piscina (piscina olímpica, por supuesto).

Al llegar a ella se deshizo de su túnica y sandalias para zambullirse en sus aguas cristalinas.

Capítulo 2

El fantasmón

Aquello era lo que necesitaba. Un poco de ejercicio vigorizante para tonificar adecuadamente sus músculos y relajar su mente.

Mientras daba enérgicas brazadas empezó a recordar los acontecimientos de los últimos días, los que había durado la juerga que se había corrido en compañía de Dioniso y Hefesto, sus hijos más calaveras. Todo había empezado hacía un par de semanas cuando en una comida con Circe esta le había comentado el lance por el que estaba pasando. Resulta que meses atrás había llegado a su isla un extraño barco. El capitán del mismo, al parecer, quedó prendado de ella. Y el pesado no paraba de darle la paliza. Circe aguantaba educadamente todo lo que podía, pero estaba hasta arriba de aquel atontado que además se creía el mejor de todo el mundo. Y por si eso fuera poco iba diciendo a todo aquel que pasaba por allí que Circe estaba enamoradísima de él. En ese instante Zeus interrumpió a Circe para preguntarle.

- ¿Por casualidad ese marinero no será un tal Odiseo?

- ¡Pues sí! ¿Cómo lo sabes?

- ¡Porque ese capullo es un tocacojones de categoría! Y además es tan necio que cae en todas las bromas que le prepares. ¡¡¡Anda que no me he reído yo con ese atontado!!! ¿Quieres quitártelo de encima y además reírte un buen rato?

- ¡Nada me haría más feliz!

- Entonces pensemos un buen plan. ¿Sabes qué puede hacer salir de tu isla a ese cretino? Para mí que una cosa que le haría mover el culo sería algo relacionado con mujeres porque es un salido que se cree que todas ellas han de caer rendidas a sus pies.

- ¡Ah! ¿Sí? ¿Qué te parecería, pues, una historia con mis amigas las sirenas?

- Estupendo. - Contestó Zeus. - Grandes amigas mías también. Y siempre dispuestas a pasar un buen rato. ¡Vale, vale, vale! Es muy buen cebo para ese merluzo. Si se lo preparamos bien pícara seguro. Podrías dejar caer casualmente, en alguna conversación con ese zoquete, las maravillas de la belleza de las sirenas y seguro que querrá, como mínimo, verlas. Entonces, cuando quiera largarse, le aconsejas dos o tres rutas y, como sin querer, que una de ellas pase por la isla de nuestras amigas. Seguro que el tontolaba cogerá esa y allí podemos montarle una función de

categoría.

Acordaron, entusiasmados como chiquillos, en reunirse un par de días más tarde para acabar de perfilar la idea y quedar de acuerdo con las sirenas.

Y así lo hicieron. Entre Zeus, Circe, Dioniso, Hefesto y las sirenas Agláope, Parténope y Pisínoe maquinaron un plan para pitorrearse del pesado de Odiseo, pasárselo bien y quitárselo de encima a Circe.

El propósito era hacer creer a Odiseo que las sirenas eran, nada más y nada menos, que unas hermosísimas seductoras de marineros, a los cuales enloquecían con sus maravillosos cantos para hacerlos naufragar. De esa manera nadie que oyera aquellos fascinantes coros vivía para contarlo.

La única manera que había para evitar tan trágico fin era, o bien taparse herméticamente los oídos con cera para no percibir ni el más mínimo sonido, o bien, si se quería disfrutar de aquellos embriagadores cánticos, atarse a cualquier estructura sólida que impidiera al oyente lanzarse al agua para llegar a la orilla de la isla de las arrebatadoras féminas.

- ¡De todos modos creo que eso no se lo puede creer nadie! ¡Es la fantasía más absurda que he oído en mi vida! - Exclamó Hefesto dubitativo.

- No te preocupes Hefesto. - Contestó Zeus. - Ese borrico se lo va a tragar todo porque es un cabeza de chorlito. Y nosotros nos lo vamos a pasar estupendamente.

Una vez definida la estrategia empezaron los movimientos. En primer lugar Circe invitó a Odiseo a una cena íntima. Este no cabía en sí de gozo. Creía que al fin aquella hermosa dama había sucumbido a sus encantos, como no podía ser de otra manera.

En el transcurso del ágape Circe se mostró de lo más seductora, manejando a Odiseo a su antojo, contándole anécdota tras anécdota y sirviéndole continuamente copas de vino. Cuando vio que lo tenía totalmente a su merced, dejó caer, como sin querer, la historia de las sirenas. Odiseo, saliendo a medias del letargo en el que Circe le había sumido, captó lo sustancial del relato: mujeres hermosas y atrayentes que parecían esperarle ansiosas.

Durante los días siguientes Circe vigiló estrechamente a Odiseo para estar al tanto de sus movimientos. Lo que vio la llenó de satisfacción. Odiseo y sus hombres se esmeraban en la preparación del barco para zarpar cuanto antes. Tal como tenían acordado Circe informó diligentemente a Zeus de aquella circunstancia, a fin de que este estuviera preparado.

Y llegó el día en que Odiseo fue a despedirse de Circe. El navegante no era muy buen marino, y tal como predijo Zeus, fue a pedirle consejo a ella acerca de la ruta a tomar para regresar a Ítaca. Esta le aconsejó varios rumbos, uno de los cuales pasaba, casualmente, junto a la orilla de la isla de las sirenas.

Odiseo le dio las gracias efusivamente y le informó de su deseo de partir con la marea alta.

Mientras tanto Zeus, sus hijos y las sirenas se habían dedicado a ensayar en la isla de éstas una serie de melodías que Zeus había aprendido en una taberna muy lejana ya en el tiempo y en el espacio.

Al mismo tiempo las sirenas habían maquillado y vestido a los tres varones como si fueran doncellas para que pudieran hacerse pasar por sirenas. Al principio aún daban el pego, pero a medida que pasaban los días y, sobre todo las noches, el índice alcohólico de los travestidos aumentaba peligrosamente y su imagen era realmente desastrosa, sobre todo la de Hefesto.

Avisados, por fin, de la inminente partida de Odiseo se instalaron en un campamento que montaron en la orilla de la isla por la que Odiseo tenía que pasar por indicación de Circe. Calculaban que la nave del papanatas no llegaría hasta la tarde o noche del día siguiente, así que continuaron con sus comilonas, sus tragos de vino y cantos desaforados.

Después de una noche de francachela el amanecer se presentó tormentoso, con fuertes vientos del oeste. El cielo aparecía nublado y todo hacía prever lluvias y mal tiempo.

Pero eso no desanimó en absoluto a los confabulados que, ilusionados como niños, vigilaban constantemente el horizonte para intentar descubrir alguna vela que indicara la llegada del barco de Odiseo.

- ¿Y si ha escogido otro rumbo? - Preguntaba Hefesto, el cual todavía no estaba demasiado convencido de que Odiseo fuera tan crédulo e inocente.

- No te preocupes, pasará por aquí como me llamo Zeus. Conozco a ese mentecato como si lo hubiera parido.

Al fin se distinguió entre la lluvia un barco que luchaba contra el temporal. Al acercarse vieron a un individuo atado al mástil de la embarcación mientras lanzaba ansiosas miradas hacia la costa mientras que la marinería estaba ocupadísima intentando gobernar el rumbo de la nave para evitar embarrancar contra la isla.

- ¡A vuestros puestos! - Gritó Zeus. Y toda aquella desordenada tropa se puso, como pudo, en fila, uno al lado de otro, justo al lado de la orilla.

Cuando más o menos formaban una hilera aceptable Zeus empezó el recital con su vozarrón. El resto intentaba acompañarle, pero debido a que los ensayos no habían sido del todo correctos y que no conocían el idioma en el que cantaban, el resultado era lamentable.

A medida que el barco se aproximaba los cantantes destrozaron, en primer lugar, Lucy in the Sky with Diamonds. A continuación le tocó el turno a Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band. Después fue Good Morning, Good Morning. Y por último A Day in the Life. Y al acabar con esta vuelta a empezar otra vez sin interrupción.

No cabe sino decir que la interpretación era de lo más deplorable ya que nadie seguía mínimamente el ritmo. Por si fuera poco, la danza con la que pretendían acompañar el concierto, era lo contrario de una agradable coreografía. Además su aspecto era repulsivo debido al deterioro de sus maquillajes que caían en chorretones por sus rostros abotargados.

Viendo aquel inesperado espectáculo Odiseo empezó a intentar desatarse del mástil. Pero sus marineros habían hecho un buen trabajo y no había manera de liberarse. Entonces empezó a aullar, compitiendo con los gritos del grupo de la orilla de la isla.

- ¡Desatadme! ¡Desatadme ya! ¡Esto es horrible! ¡No me oís mentecatos! ¡Soltadme de una puñetera vez o juro que os mataré a todos!

Evidentemente los miembros de la tripulación no podían oírle debido a sus tapones de cera. Tampoco veían sus desesperados gestos ya que toda su atención estaba fijada en el control de la embarcación.

- ¡Os ordeno que me soltéis, hijos de la gran puta! ¡Si esto sigue así voy a morir! ¡Moriré de la manera más infame! ¡Y vosotros seréis los culpables! ¡Volveré del inframundo y os amargaré la vida! - Continuaba gritando Odiseo mientras derramaba grandes lágrimas ya que creía que aquellos seres que veía eran demonios malignos que venían a por él. - ¡Al menos vaciadme los ojos! ¡Y perforadme los tímpanos antes de que enloquezca!

El espectáculo que ofrecía Odiseo era patético para satisfacción de Zeus y sus acompañantes. Ver a aquel energúmeno hecho un guiñapo les llenaba de regocijo. Y cuando el barco ya se iba alejando les pareció que aquello había durado poco.

Poco a poco fueron dejando de cantar, sentándose en la hierba mientras estallaban en grandes carcajadas.

- ¡Habéis visto el majadero ese como estaba cagado de miedo! - Exclamó Zeus entre grandes risotadas.

- ¡Sí! - Contestó Pisínoe. - ¡Ha sido la escena más tragicómica que he visto en mi vida! ¡Creo que se ha hecho sus necesidades encima varias veces!

Continuaron comentando la andanza en medio de gran algarabía hasta que alguien reparó en que Parténope no estaba con ellos.

- ¿Alguien sabe dónde puede estar? - Preguntó Agláope con un punto de preocupación ya que no era la primera vez que Parténope desaparecía en medio de una juerga puesto que solía empinar excesivamente el codo en esas ocasiones.

- No estoy seguro, pero, en un momento dado creo que la vi caer al mar. - Balbuceó Dioniso notablemente borracho. - O tirarse. No sé.

Sin embargo nadie dio demasiada importancia a ese hecho. Parténope ya era mayorcita y sabía cuidar de sí misma. Por lo tanto y debido a las emociones, las risas, los cantos, el vino y la satisfacción del deber cumplido poco a poco todos se fueron quedando dormidos.

Capítulo 3

El encuentro

Con una sonrisa en los labios, fruto de los recuerdos evocados, y totalmente repuesto Zeus salió de la piscina y se dirigió a sus aposentos pensando en la formidable siesta que le esperaba. Al llegar a su estancia empezó a dar órdenes a diestro y siniestro.

- Tú, llama al masajista. Que venga inmediatamente. Tú, prepara a Pegaso para salir con el crepúsculo. Tú, ve a preparar el carro de Hera, también para esta tarde. Tú, prepárame una túnica. Sencilla. No quiero parecer un paleto. Ni un nuevo rico. Y también sandalias. Sencillas.

Habiendo dispuesto todo lo necesario para la salida a la cena con los romanos Zeus se tumbó en la mesa de masajes para esperar al masajista.

Pero quien entró como un torbellino fue Hera.

- Será posible que todavía estés así. ¡Anda! ¡Prepárate para salir! No quiero llegar tarde.

- Por supuesto cariño. - Respondió Zeus mientras saltaba de la mesa fijándose en Hera, ataviada con sus joyas y adornos de costumbre. - ¿Pero no crees que vas demasiado enjoyada? Y un vestido más discreto no estaría nada mal, para no parecer…

Hera, que ya se había dado la vuelta para salir de la sala, se giró para encararse con Zeus, y con voz silbante le contestó.

- Cuando llegue el día en que necesite tu consejo para elegir mi vestido o las joyas que ponerme te lo haré saber. Si es que no me he suicidado antes, claro.

Dicho esto volvió a girarse y salió con un paso marcial que hubiera puesto en fuga a una falange entera.

Zeus se quedó aplastadito como un gusano, aunque no tardó en reaccionar. Dirigiéndose de nuevo a sus criados empezó a vocear una nueva ronda de órdenes.

- ¡A qué esperáis para traerme una simple túnica! ¿Y Pegaso? ¿Está ya preparado? Tú, averígualo. ¡Y de paso asegúrate de que el carro de Hera esté a punto! Rápido, pandilla de holgazanes.

Poco tiempo después, acabados los preparativos para la partida y ya en las cuadras, Zeus montó a lomos de su fiel Pegaso y Hera subió a su carro tirado por doce aves fénix. De esta manera iniciaron majestuosamente la marcha hacia la residencia de los romanos, surcando los cielos del ocaso.

Inmediatamente después de que el carro de Hera cogiera altura todo el atardecer se tiñó de colores. Los últimos rayos de sol se reflejaban en las plumas de los poderosos pájaros que tiraban del carruaje haciendo que, como siempre que Hera viajaba, el crepúsculo quedaba saturado de tonos carmesíes, granates, púrpuras y el resto de pigmentos que adornaban el plumaje de aquellas fantásticas criaturas.

Durante el viaje Zeus contemplaba orgulloso todos los territorios sobre los que reinaba, hinchando el pecho cada vez que sobrevolaban alguno de los templos dedicados a su divinidad y cuya ubicación conocía de memoria.

Hera, por su parte, dirigía su vehículo con aspecto ausente y su típico semblante avinagrado.

Al divisar el palacio de los latinos vieron que éstos les esperaban en el pórtico. Zeus aguzó la vista para tener una percepción más clara de la pareja que les aguardaba porque una vocecita interior le susurraba que algo estaba fuera de sus previsiones.

Todos sus temores se concretaron cuando, al aterrizar, tuvo una visión que hizo que sus piernas flaquearan. ¡No podía ser! ¡Júpiter iba maquillado! ¡Como un egipcio! ¡Y Juno también! Pero eso último era más normal.

Con paso vacilante, y cogido del brazo de Hera para darse valor, Zeus inició la aproximación a sus huéspedes.

Sin poder dejar de ver el suspiro de resignación de Júpiter, Zeus esbozó una triste sonrisa en el momento de los saludos.

- Hola Júpiter. ¡Te encuentro muy bien! ¿Pero no vas un poquitín excesivamente maquillado? - No pudo evitar de observar Zeus mientras contemplaba su barba arreglada al estilo del antiguo dios Osiris.

- ¡Zeus! ¡Zeus! ¡Zeus! Pero que caduco estás. Esto es tendencia. Ahora se lleva la moda egipcia.

- ¡Pero si hace poco me dijiste que lo que actualmente se llevaba era la sencillez! - Protestó Zeus al tiempo que echaba un vistazo a la adornadísima túnica de Júpiter y a sus engalanadas sandalias mientras que al mismo tiempo reparaba en una sarta de pulseras tobilleras que el

romano lucía sin ningún tipo de problema.

- Eso era hace un tiempo. ¡Pero ahora esto es lo más! Hay que estar al día, querido, o te quedas atrás irremisiblemente.

Mientras Zeus se quedaba pasmado sin capacidad de reacción Júpiter pasó a saludar a Hera.

- ¡Querida! ¡Te veo genial! Lástima que tu marido no esté a la altura de las circunstancias.

- ¡Cuánta razón tienes! ¡No hay manera de pulir los hábitos de ese patán! En cambio vosotros estáis los dos maravillosamente bien.

A continuación fue a saludar a Juno. Cogiéndose por los antebrazos hicieron un amago de besarse las mejillas pero sus caras nunca estuvieron más cerca de un palmo.

- Me encantan estos maquillajes al estilo egipcio que lucís. Sobre todo el tuyo. Parece ser que a las momias egipcias las pintan así antes de embalsamarlas y les favorece mucho.

- Gracias querida. Sabía que te gustaría. Lástima que a según quien no se le pueda arreglar ni con un elaborado maquillaje… ¡Y no lo digo por ti, válganme los cielos!

- ¡Pero si estoy totalmente de acuerdo contigo, querida! ¡Conozco a más de una que por mucho que se pintarrajea no pasa de parecer una prostituta gala!

- ¡Cuánta razón tienes! Y lo que te decía. Si ni con un buen maquillaje a muchas no se las puede arreglar, lo mismo te digo de las ropas que algunas llevan intentando ocultar defectos de formación o de su avanzada edad.

Y a continuación, siguiendo con esa agradable conversación, las dos reinas entraron en la real residencia cogidas del brazo.

Mientras tanto Júpiter se acercó de nuevo a Zeus con el mismo talante con el que se dirigiría a un muchacho un poco tontito, pero apreciado.

- ¿Habéis tenido un buen viaje? ¿Te apetece algún refrigerio antes del banquete?

- El viaje muy bien, gracias. Y no me vendría nada mal una copa de buen vino fresco.

- Excelente. Así probarás uno que me acaba de llegar. Se trata de un caecubus extraordinario. Y si te gusta podrás llevarte un par de ánforas para tu bodega.

De esta manera pasaron a los jardines interiores en los que había preparado un acogedor rincón. Júpiter dio una orden a uno de los criados para que trajera el vino ofrecido.

Mientras aguardaban, Júpiter no pudo esperar a hablar del tema que tenía previsto.

- Al llegar a Roma te habrás fijado en el magnífico templo que está a punto de inaugurarse, ¿no? Se trata del Templo de Júpiter Óptimo Máximo. ¿Lo has visto? ¿Eh? ¿Lo has visto?

- Puessss… Sí. He visto una construcción nueva. Pero no pensaba que fuera un templo. Más bien me pareció un anfiteatro. O una de esas construcciones raras que hacéis los romanos.

- ¡Pues no! - Contestó Júpiter un poco mosqueado. - ¡Has de saber que es un templo dedicado a mí! ¡Y es el más importante de los templos construidos hasta hoy!

- ¡Bah! ¿No querrás compararlo con el Templo de Zeus Olímpico?

- ¡Pero si todavía no está acabado! ¡Lleva siglos en construcción! Y al paso que van las obras vete a saber cuándo lo acabarán.

Los dos reyes de dioses discutían como chiquillos a ver quién los tenía más grandes (los templos) tal como era su costumbre siempre que se encontraban.

Capítulo 4

El banquete

Mientras tanto Juno había enviado a un criado para hacer saber a la pareja que ya era la hora de empezar la cena. Así que los dos divinos se encaminaron al comedor donde les esperaban las dos divinas.

Al llegar al recinto del banquete Juno les recibió diciendo.

- Sabes Júpiter. Le estaba contando a Hera el suceso que ha ocurrido la mañana pasada en el pueblecito costero. Sí. Recuerda. El cadáver de la extraña muchacha que encontraron los pescadores.

- Ah! ¿Te refieres a esa criatura con cola de pez?

- Pues claro.

- Ese espécimen me tiene desconcertado. No es nada que haya dispuesto. Tiene que ser algo fuera de mis dominios y eso me preocupa.

Zeus, mientras tanto, se había recogido en un silencio íntimo. Lo que explicaban Júpiter y Juno le traía a la memoria el atuendo que Parténope llevaba la noche de su recital para Odiseo. Consistía en una especie de falda ceñida a sus opulentas caderas y que caía más allá de sus pies. Le encantaba aquel atuendo hecho de escamas de pez delicadamente trenzadas hasta hacer un tejido de lo más original y seductor. Compungido al conocer el fin de su amiga guardaba un sospechoso silencio que a Hera no le pasó desapercibido.

- Te has quedado muy callado Zeus. ¿Qué opinas de esta historia?

- Yo… bueno… No sé qué decir… - Contestó Zeus intentando disimular su participación en los hechos que habían conducido al trágico final de la muchacha.

Mientras tanto criados y esclavos iban trayendo a la mesa fuentes rebosantes de los más variados manjares así como ánforas de diferentes vinos.

La cena transcurría como Zeus temía. Por una parte Hera y Juno hablaban de sus cosas, ignorando completamente tanto a él como a Júpiter. Este, por su parte, no paraba de dar la tabarra con cualquier excusa.

- ¡Prueba esas vulvas de cochinilla! ¡Te van a encantar!

- ¿Has probado algo tan fino como este pescado? Me lo traen exclusivamente para mí.

- ¿Sabes cuántos bueyes sacrificaron en mi honor en las últimas fiestas de primavera?

- ¿Qué te parece este vino? ¿Excelente verdad? Ya te lo decía yo…

Zeus respondía, cuando lo creía oportuno, con monosílabos o frases cortas. Le fastidiaba sobremanera el autobombo que se daba el romano y de paso se aburría enormemente. Así que prefería utilizar su boca para comer y beber abundantemente.

Aunque reconocía, para sus adentros, que la comida y la bebida eran excelentes tampoco había para tanto. En sus banquetes, en el Olimpo, se comía y bebía igual o mejor que aquí, en casa del latino.

Por su parte, el incansable Júpiter no amainaba el torrente de alabanzas auto dirigidas a su persona aprovechando cualquier excusa, por minúscula que fuera.

Hasta que llegó un momento en el que Zeus, más que harto de tanta adulación y glorificación (y ayudado por el abundante vino ingerido), le espetó a Júpiter al mismo tiempo que daba un sonoro puñetazo sobre la mesa:

- Mira muchacho. ¡Ya sé que te crees el mejor sujeto del cielo y de la tierra, pero estoy dispuesto a demostrarte que YO puedo darte cien vueltas en el tema que tú quieras! - Parrafada que subrayó con un enorme eructo y un tremendamente sonoro pedo.

Júpiter se quedó pasmado. Con la boca y ojos abiertos miraba a Zeus sin comprender a qué venía aquel arrebato. También Hera y Juno miraban asombradas a Zeus sin saber a qué se debía todo aquel escándalo.

La primera en reaccionar fue Hera, que acostumbrada a los exabruptos de su esposo, intentó tranquilizar a Juno.

- No te preocupes, querida. Seguramente está poseído por los espíritus del vino, o sea, borracho perdido y ya ha perdido todo sentido de la corrección.

Por su parte, Júpiter no salía de su estupor. Así que Zeus intentó hacerle reaccionar.

- ¿Qué te pasa? ¿Acaso no entiendes que te estoy diciendo? Te estoy retando para demostrarte que no eres el gallito que te crees que eres.

¡Vamos! ¡Espabila!

- ¿Me estás retando? ¿En plan desafío? - Al fin pudo articular el dios romano.

- ¡Exacto! Escoge el tipo de actividad en la que quieras competir y demuestra de qué pasta estás hecho.

- ¿Quieres decir hacer algún tipo de competición? ¿Cómo enviar a nuestros ejércitos a combatir?

- ¡No! Ha de ser algo que hagamos tú y yo. Ya estoy harto de jugar a las guerras. Con la de Troya ya tengo bastante para una buena temporada.

- ¿Entonces qué? ¿Algún tipo de carrera o ejercicio como los que practican los atletas?

- ¡No me toques los cojones Júpiter! Hoy estás especialmente gilipollas. ¿Tú crees que eso daría muestra de nuestros potenciales? ¿Correr como esos capullos? ¿O darse tortazos hasta aburrir? Ha de ser algo épico. Que evidencie nuestras capacidades físicas y mentales.

- Pues no sé. ¿En que habías pensado tú?

- Yo no había pensado nada, pero hemos de decidirnos por algo antes de acabar esta aburrida cena que has organizado para únicamente nosotros cuatro. Sin música. Ni bailarinas…

En ese momento Zeus calló y se quedó como si tuviera una revelación.

- ¡Ya está! ¡Es genial! - Exclamó cuando pudo recuperar el habla. - Hablando de bailarinas. Hemos de seducir a una dama. El primero que lo consiga será el ganador.

- Me parece bien. - Respondió Júpiter al que eso de seducir señoras se le daba estupendamente. - Creo que yo ya tengo la candidata a seducir. Vi el otro día una vestal estupenda. Supongo que podría ser un buen objetivo.

En ese momento, Zeus, que creía tener la situación dominada, tuvo un subidón.

- ¡Nada de eso! El “objetivo” ha de ser el mismo para los dos. Y no puede ser una mortal. Ha de estar a la altura del desafío. ¡Por lo tanto ha de tratarse de una diosa!
¿Una diosa? Pues vaya. A mí me conocen todas a varios estadios de

distancia. Y creo que a ti te pasa lo mismo, si no me equivoco.

- En efecto. Por ello hemos de buscar una diosa extranjera. De un lugar en el que no se haya oído hablar de nosotros. O por lo menos muy poco.

Aquello iba tomando forma y los reyes de dioses empezaron a pulir los detalles.

- Mira Zeus. Voy a poner una condición. No puede ser una diosa persa. Una vez vi a una de ellas y era de lo más ordinario. ¡Pero si parecía que, en lugar de ir vestida, estuviera enrollada en una alfombra!

- Pues mira. Ahora que lo dices. Tampoco va a poder ser egipcia. No soporto a las mujeres con cabeza de animal. - Contestó Zeus, más que nada por no quedarse atrás en el condicionamiento de la prueba y para reprochar a Júpiter su pinta egipcia.

- Ni tampoco de las Áfricas. Vete a saber que ejemplares puede haber por ahí.

- Pues no sé. No tengo ni idea de donde podemos buscar a nuestra candidata.

- Creo que lo más acertado sería consultar a mi Mercurio y a tu Hermes. Ellos viajan mucho y muy lejos y seguramente conocerán a alguien apropiado.

- ¡Si señor! ¡Muy bien pensado! ¿Qué te parece si nos reunimos los cuatro un día de esos y acabamos de concretar el asunto?

- Estupendo. Cuando quieras.

De esa manera acabó de transcurrir el banquete con Zeus ya más calmado y Júpiter no tan petulante. La única que no estaba tranquila era Hera a la cual aquel cambio de actitud, después del exabrupto de su esposo, le hacía sospechar alguna trastada por parte del mismo.

Y, ya de madrugada, Zeus y Hera se despidieron de sus anfitriones para regresar a su palacio del Olimpo, tiñendo los cielos del alba con los reflejos de las aves fénix del carro de Hera.

Capítulo 5

Las sardinas

Unos días después Zeus convocó a Júpiter y a su hijo Mercurio invitándoles a una cena en una pequeña isla del mar Jónico. Cuando llegaron, al atardecer, encontraron a Zeus y a Hermes junto a una humilde cabaña, seguramente la única construcción de la isla, charlando tranquilamente con un sujeto de aspecto tosco. Ante ellos brillaba una hoguera.

- ¡Bienvenidos amigos! - Saludó Zeus con su enorme vozarrón. Se notaba que estaba en su ambiente y que disfrutaba de aquel momento. - No sé si conocéis a Glauco. - Continuó gesticulando mientras señalaba al hombre que tenía el aspecto del más humilde de los esclavos. - Este es el mejor pescador y preparador de sardinas que existe en este mundo.

Júpiter se quedó petrificado. ¿Es que la cena consistiría en eso? ¿Sardinas braseadas? ¿Al aire libre? ¿Comiendo sentados en piedras? ¿Sin tricliniums para recostarse? ¿Sin criados que sirvieran la comida y la bebida?

Mercurio parecía seguir fielmente los pensamientos de su padre pues sus facciones parecían estar sincronizadas con las de su progenitor.

Ambos sabían de las excentricidades del griego pero en ningún momento creyeron que llegarían a tal extremo.

De todos modos procuraron no contrariar a su anfitrión y al señalarles este unas piedras situadas alrededor de la hoguera, que habían dispuesto para servir de asiento, se remangaron sus elegantes túnicas como pudieron y con gesto entre resignado y compungido se acomodaron de la mejor manera posible.

Zeus hablaba animadamente, gesticulando sin parar y soltando carcajada tras carcajada, mostrando sus blancos dientes mientras palmeaba sus muslos desnudos. Sus ojos brillaban con las últimas luces del día y con el resplandor de las llamas. Sus cabellos y su barba ondeaban con la suave brisa que provenía del mar. Júpiter comprendió entonces que el heleno, en aquel lugar, era inmensamente feliz. Sobre todo, cuando en un momento determinado, fijó en él su mirada y le dirigió una sonrisa. Amable, sincera. Júpiter correspondió a ella y llegó a la conclusión de que aquel rey de dioses, dueño de enormes riquezas y poseedor de infinitos poderes, donde realmente se sentía dichoso era en esta pequeña isla sin nombre, perdida en el mar. Ataviado únicamente con un taparrabos y descalzo, hablando sin parar, mirando a su alrededor, unas veces hacia el

mar otras hacia el cielo, otras hacia el fuego, otras a sus compañeros.

Mientras tanto el tal Glauco se dedicaba a ensartar montones de sardinas en unas cañas que tenía preparadas. Cuando Zeus, impaciente por iniciar el festín, le preguntó cómo iba el asunto el pescador respondió.

- No te preocupes, amigo. Todo va según lo previsto. - Júpiter se extrañó ante esa familiaridad. Y empezó a preguntarse quién sería aquel individuo. - Ya tengo más de la mitad del género espetado. Pero ya sabes que esto no se puede hacer de cualquier manera. Primero y muy importante la sardina ha de espetarse siempre en caña. Y es muy importante cómo se pincha. La caña ha de entrar por el lomo, por debajo de la espina, con la raspa hacia abajo. Todo un arte. A mí me enseñó mi padre, pero es algo que si no se practica con frecuencia, resulta realmente complicado. Tienes que ensayar bastante. Si no se hace bien, el riesgo es romper la espina.

En aquel momento le vino a Júpiter el nombre del padre de Glauco. Nada menos que Poseidón, el dios de los mares.

- Y para el fuego lo mejor es usar olivo. Ha de ser madera seca, sin más. Hay que asar a fuego muy fuerte y poco tiempo. Por cierto, siempre asar con tripa, escamas, piel y espina. Y, por último, la sal. Se pone en abundancia antes de llevar el espeto al fuego. - Continuaba sus explicaciones Glauco mientras había ido clavando en la arena alrededor del fuego las cañas con las sardinas espetadas.

A medida que, a su juicio, las sardinas ya estaban hechas las iba repartiendo entre los comensales, que previamente se habían provisto de enormes trozos de pan. Sobre estos Glauco depositaba el fruto de su cocción. Zeus y Hermes gozaban enormemente de aquella vianda abriendo primero las sardinas asadas y desmenuzándolas en trozos que se llevaban a la boca con los dedos. En esta operación los bichos soltaban abundante grasa que caía sobre el pan, impregnándolo de su sabor. Mercurio también participaba de aquella sencilla cena, aunque de una manera más discreta. Júpiter no tocó ninguna de aquellas bestezuelas y como pudo se las apaño con el pan y un trozo de queso que había al lado del ánfora de retsina, de la cual todos daban abundantes tragos.

Cuando todos, incluyendo a Glauco, acabaron con todo el pescado asado, Zeus preguntó si Júpiter había puesto en antecedentes a Mercurio del tema de la reunión.

- En efecto. - Contestó este. - Y supongo que Hermes también estará al corriente.

- Sí. Por supuesto. - Afirmó Hermes. - Y no sé qué pensará Mercurio pero la idea de descartar posibles candidatas persas, egipcias y de las Áfricas lo encuentro de lo más acertado. Incluso extendería esa condición a las

Arabias y las Asias. Gente muy diferente de nosotros, con costumbres realmente extrañas.

- Estoy de acuerdo. En esas tierras todo es muy complicado y sus mujeres todavía lo son más. - Intervino Mercurio. - A mi entender creo que nuestra búsqueda debería orientarse a las tierras del norte. Hacia la Germania o hacia las tierras poco conocidas de las Escandinavias.

Zeus apenas conocía aquellas tierras que mencionaba su hijo, pero alguna vez había visto esclavas provenientes de aquellos parajes y no le gustaban. Aquellas mujeres nórdicas con la piel tan blanca a él le parecía que estaban enfermas... o que tenían poca salud. Pero no dijo nada al respecto sino que le preguntó.

- ¿Y, concretamente, conocéis alguna diosa de esos lugares que pueda considerarse adecuada a nuestros propósitos?

- Bueno. Hay varias. Tenemos, por ejemplo, a Freyja diosa germánica del amor, la belleza y la fertilidad. Sjöfn, diosa nórdica del amor. Idhun, también nórdica, cuidadora de las manzanas de la inmortalidad. Eir, otra nórdica, diosa de la curación y la resurrección.

- Cierto. - Replicó Hermes. - Asimismo tenemos a Dea Dana o Brigit diosa celta de la fertilidad. Etain, diosa igualmente celta de gran belleza. En realidad todas ellas son de excepcional belleza.

- Bueno, pues tendremos que elegir a una de ellas. - Dijo Júpiter, muy callado hasta entonces. - Son muchas candidatas.

- Pues todavía hay más: Morrigan, conocida también como la dama de la oscuridad, es la diosa celta de la muerte y la destrucción. Epona protectora de jinetes y caballos. Lathgertha, como la inspiradora de las valquirias. Aslaug (también conocida como Kraka, Randalin y Áslaug).

El entusiasmo de Zeus iba en aumento a medida que Hermes y Mercurio enumeraban las posibles candidatas a trofeo del desafío y palmeando los laterales de sus muslos preguntó a Hermes.

- ¿Y tú cuál crees que sería la aspirante ideal para ser el objetivo de nuestras… atenciones?

- En mi opinión la diosa Sjöfn es la ideal. Es una muchacha joven, hermosísima, muy inteligente. No es una de esas bellezas que caen rendidas a los pies de cualquier seductor que las quiera encandilar.

- Tienes razón Hermes. - Mostró su acuerdo Mercurio. - Esa podría ser la candidata ideal. Tengo muy buenas referencias de ella y creo que podría

estar a la altura del duelo.

- Estupendo. Entonces lo que hay que hacer es darle un vistazo a la moza y ver que tal es. ¿Estás de acuerdo Júpiter?

- Sí. Claro. Habrá que darle un vistazo.

- Bien. Entonces decidme muchachos. ¿Cómo podemos observar a la joven para, digamos, valorarla?

- Pues según tengo entendido Sjöfn suele bañarse en un lago todas las mañanas antes de salir a recorrer los bosques de su territorio. Ese es el momento en el que mejor podréis evaluarla ya que esa actividad la realiza totalmente desnuda.

- Perfecto. Pues ahora mismo me describes el lugar exacto en donde se encuentra ese lago y, Júpiter, prepárate porque mañana mismo iremos a darle un vistazo a la aspirante. - Zeus no podía refrenar su impaciencia y en poco rato quedó todo acordado.

Capítulo 6

El escrutinio

Los amaneceres en el inicio del verano en el Mediterráneo suelen ser magníficos. La temperatura es ideal, los episodios de lluvia primaverales ya no son tan frecuentes y la visibilidad es fenomenal. No puede decirse lo mismo en latitudes más septentrionales y así lo comprobaron aquella mañana Zeus y Júpiter. Para poder observar detenidamente y de una manera segura habían decidido, bueno... Zeus decidió, adoptar la apariencia de halcones. De esa manera evitaban la corte de animales del bosque que vigilaban el baño de la diosa, según les había informado Hermes, y podrían verla a placer gracias a su aguda vista.

A medida que volaban hacia el norte el tiempo se complicaba por momentos. La temperatura descendía notablemente, aunque con el ejercicio que desarrollaban eso no era demasiado problema. Sí que lo fueron un par de episodios de lluvias que tuvieron que atravesar.

Pero una vez llegados a su destino la suerte se puso de su parte y encontraron un día excelente.

- Bueno. Ya hemos llegado. Ahí está el lago que buscamos. Ahora tendremos que encontrar a la muchacha. - Dijo Zeus con la extraña voz impuesta por su forma de rapaz.

- Creo que está allí. Casi en el centro del lago. ¿Ves esa forma dorada? Seguro que es su cabellera. - Contestó Júpiter haciendo gala de una mejor vista, ya sea porque era más joven que Zeus o porque había sabido transformarse mejor en halcón.

- Tendremos que bajar un poco si queremos valorar adecuadamente a la individua.

Y así lo hicieron. Descendieron unos metros situándose a una prudente distancia a fin de no levantar sospechas y poder tener una mejor visión evaluativa.

Ahora los dos pudieron apreciar claramente la rubia cabellera y parte del rostro de Sjöfn. Esta nadaba con gran desenvoltura, dirigiéndose lentamente hacia la orilla del lago, de tal manera que toda su cabeza quedaba fuera del agua. Entonces los dos jueces empezaron su escrutinio. Su cabellera dorada y deslumbrante era el marco adecuado a un rostro magnífico. Unas finas cejas aparecían bajo una frente despejada y sin ningún tipo de arrugas. Bajo ellas, enmarcados por unas abundantes pestañas, unos ojos de un tamaño perfecto y de un extraño color, curiosamente similar al de las aguas del lago, ofrecían una mirada

escrutadora e inteligente. Entre ellos una nariz recta descendía en dirección a una boca cuyos labios ligeramente carnosos y algo abiertos dejaban entrever sus dientes delanteros, de una blancura resplandeciente. Todo ello acompañado de unos pómulos altos y perfectamente marcados que acababan en una barbilla levemente afilada.

A medida que la muchacha hacía pie y la profundidad de las aguas disminuía pudieron ver el cuello que soportaba aquella cabeza: recto, ni muy delgado ni muy grueso; ni muy largo ni muy corto.

- De momento lo que veo me está gustando. - Dijo Zeus apreciativamente. - La joven tiene un hermoso rostro. ¡Muy hermoso!

- Sí. Y además indica carácter y determinación. - Respondió Júpiter. - ¡Mira que hombros! Perfectos. ¿Te has fijado en el ligero abultamiento cuando se unen a los brazos? ¡Me encanta eso! Y las clavículas. Totalmente rectas.

- ¡Efectivamente! Y no sé porque pero creo que esas serán las únicas rectas que veremos en ese cuerpo. ¡¡¡Ja Ja Ja!!! - Contestó alborozado Zeus. - ¡Pero mira ahora! ¡Bonitos pechos! Parecen de adolescente. Son de ese tipo que si coges a la muchacha y la cuelgas de los pies boca abajo mantienen exactamente la misma forma.

Ante ese comentario Júpiter intentó representarse la escena en su mente, perdiendo momentáneamente la concentración en el vuelo de tal manera que dio una cabriola realmente espectacular.

- ¡Por favor Zeus! ¡Deja de decir esas cosas a no ser que quieras que me dé un batacazo! - Solicitó Júpiter una vez recuperado el control.

- De acuerdo. - Contestó reprimiendo un ataque de risa. - Pero no seas tan papanatas, hazme el favor. Y ahora mira. Ya casi podemos ver su vientre. ¡Magnífico! Voy a dar una vuelta para verla por detrás. Quiero comprobar una cosa.

Diciendo esto Zeus describió una curva a fin de visualizar la espalda de la muchacha. Al cabo de un instante volvía aparentemente contento.

- ¡Los tiene! ¡Los tiene! Tiene los hoyuelos en la base de la espalda. Justo encima de cada nalga. ¡Me encantan esos hoyuelos!

- ¡Muy bien! ¡Pero fíjate! ¡Mira que caderas! Rotundas de verdad.

- Sí. Realmente un hermoso conjunto el de su vientre. Eso en la parte delantera, porque su trasero es pura poesía. ¡Mira que culete! ¡Prieto

como una sandía en su punto!

- ¿Y los muslos? ¿Has visto que muslos? ¡Espléndidas columnas para sostener el maravilloso templo de tanta belleza!

Mientras tanto Zeus, absorto totalmente en la contemplación de los portentos que exhibía Sjöfn al salir del agua y sacudir su melena para eliminar el máximo de agua posible, empezó a notar una extraña sensación. Le resultaba familiar pero no acababa de determinar que era. Hasta que la cosa se hizo evidente. ¡Estaba teniendo un principio de erección! Pero con un cuerpo de halcón. Y la cosa era de lo más extraño y desconcertante. Tanto que, igual que antes Júpiter, perdió por un instante el control del vuelo describiendo una aparatosa pirueta.

- ¿Qué te pasa a ti ahora? - Preguntó Júpiter a su compañero viendo la extraña y peligrosa maniobra. - ¿A qué juegas?

- No es nada. Es por ir con este disfraz de pajarraco. No lo tengo dominado del todo.

- Pues fuiste tú el que insistió en usarlo.

- Sí, pero ya estoy arrepentido en parte. Nos ha servido para contemplar a esa hermosísima mujer, pero mejor será que regresemos antes de que nos hagamos daño.

- Tienes razón. Creo que aquí ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer.

Así pues, regresaron sumidos en sus reflexiones hasta alcanzar un tranquilo refugio que Júpiter tenía para sus cosas en el templo de Júpiter Óptimo Máximo situado en la colina Capitolina. (Realmente la obsesión del romano por los templos era enorme, pensaba Zeus).

Una vez allí y recuperado su aspecto humano empezaron a intercambiar sus opiniones.

- ¡Me ha gustado! ¡Me ha gustado mucho esa muchacha! - Empezó Zeus.
- Entre otras cosas por el suave tono bronceado de su piel. Las nórdicas que yo he visto parecen cadáveres con su piel tan blanca.

- Tienes razón. ¡Y físicamente es perfecta! ¡Soberbia! Estoy impaciente por empezar la prueba y conquistar a esa belleza.

- Pues bien, como yo también estoy impaciente habrá que acordar los términos de la apuesta. El primer requisito consistirá, obviamente, en

seducir a nuestra preciosidad divina.

- Por supuesto. Es condición sine qua non. Es de sentido común.

- Vale. No sé qué quieres decir con lo de sinecuanon pero especifico lo de la seducción porque a veces pareces, perdona que te lo diga, un poco simplón.

- Mira quien habla. El adornado con la más despejada de las mentes. Pero centrémonos en nuestro asunto antes de enzarzarnos en una estúpida discusión. Por mi parte especificaría que no podemos utilizar trucos como manipulación de mentes, hechizos y similares. Tampoco debemos presentarnos como dioses en todo su esplendor, si no como simples humanos.

- Me parece muy correcto. Ha de ser una competición justa, sin trucos ni artimañas barriobajeras. - Contestó Zeus empezando a pensar de que trucos o artimañas barriobajeras podía valerse para ganar el reto. - También es importante fijar el límite de tiempo del que disponemos para llevar a cabo la empresa. Por decir algo yo diría un año a partir de hoy.

- Conforme. - Contestó Júpiter pensando que con ese intervalo de tiempo podía conquistar a una docena de mozas por muy divinas que fueran. - Pues creo que ya está todo, ¿no? Espera. Aún falta algo. ¿Cómo sabremos quién ha ganado?

- Pues no sé. Cuando uno de nosotros consiga acostarse con ella tendrá que enviar un mensaje cósmico al otro contrincante con la captura mental de la muchacha como prueba de seducción.

- Me parece acertado. Ardo en deseos de meterme de lleno en la tarea.

Y así, como dos adolescentes superhormonados, acordaron las normas del duelo.

Capítulo 7

La estrategia

Así que, a partir de entonces y en cada momento libre del que disponía, Zeus empezó a tramar un plan de ataque que le permitiera por una parte gozar de aquel bellezón nórdico y por otra darle una buena lección al bobalicón de Júpiter.

Después de largas meditaciones decidió presentarse a la muchacha bajo un aspecto varonil, muy masculino. Intuía que a ella le iban los hombres muy hombres y que de esa manera no podía fallar.

Estuvo ensayando varias apariencias y cuando por fin, al cabo de unas semanas, se dio por satisfecho partió a lomos de Pegaso a fin de desplegar su maniobra ganadora.

Al llegar a su destino, en las cercanías del lago, despidió a su alado caballo ordenándole que se ocultara hasta recibir su aviso y esperó a la muchacha en el camino que solía tomar después del baño para dirigirse a su recorrido habitual por los bosques de la zona.

Mientras tanto tomó la apariencia de un toro bravo, de un hermoso color negro azabache y se situó a contraluz, de tal manera que su estampa se recortara en la claridad de la mañana, teniendo mucho cuidado de que sus partes viriles quedaran bien visibles.

Al ver acercarse a la muchacha no pudo evitar quedarse momentáneamente embobado al contemplar aquella hermosura. Totalmente subyugado casi olvida su plan.

Afortunadamente tuvo la capacidad de reaccionar a tiempo y cuando la joven estaba a una prudente distancia lanzó un bramido y echó a correr hacia unos matorrales entre los cuales se ocultó. Allí Zeus, desarrollando la segunda parte del plan, se transformó en un musculoso y jovial campesino, ligeramente vestido con una corta falda y unas sencillas sandalias, curiosamente un atuendo similar al de Sjöfn.

Y saliendo al encuentro de la moza se dirigió a ella.

- Perdonad bella dama. ¿No habréis visto pasar por aquí a mi toro? Se me ha escapado y debo recuperarlo.

Sjöfn se quedó mirando con un ligero asombro a aquel individuo.

- ¿Vos no sois de por estas tierras, cierto?

- Bueno… no. Yo… yo soy de un poblado un poco lejano. - Contestó Zeus sorprendido por obtener una pregunta como respuesta a su pregunta.

- Bastante lejano ha de ser si es que es vuestro el toro que he visto hace un momento. No hay toros de esa raza por aquí.

- Es un cruce que estamos probando para obtener sementales más potentes, fértiles y viriles. - Contestó Zeus improvisando e intentando llevar la conversación hacia su terreno. - Veo que entendéis de ganadería. - Continuó el galán haciendo posturas para resaltar el máximo número de músculos con los que se había adornado. - ¿Acaso sois la hermosa poseedora de una vacada?

- Pues no. Y si lo fuera os puedo asegurar que jamás tendría animales como el que he visto. Ese bicho parecía un monumento a la masculinidad bruta y a la sexualidad desmesurada. Por otra parte a mí me gusta ver a los animales en libertad y disfrutar con ellos de igual a igual.

Y diciendo estas palabras en un tono que no daba pie a réplica empezó a caminar a paso rápido en dirección al bosque que se encontraba a poca distancia.

Difícilmente podría describirse el estado de ánimo en el que quedó sumido Zeus al tiempo que veía a aquella bella y a la vez enérgica muchacha desaparecer entre los árboles. Sin acabar de entender del todo que era lo que había pasado se dirigió en busca de Pegaso para regresar a palacio.

Una vez instalado en sus aposentos Zeus empezó a meditar acerca del fracaso de su táctica. Con Europa, hija del rey de Tiro, había tenido un éxito rotundo. Cuando ésta le vio transformado en toro cayó rendidita. Sí que en aquel caso el bicho era de color blanco pero… En fin.

De nuevo el rey de dioses se concentró en la ardua tarea de diseñar una manera de lograr el favor de la joven nórdica. Ahora, además, tenía el amor propio muy herido, por lo que no podía cometer un nuevo fallo.

Y volvieron a pasar varias semanas de pruebas hasta que, por fin, Zeus creyó tener una idea ganadora similar a otra que utilizó con Leda, la esposa del rey de Esparta.

Así que de nuevo montando a su fiel Pegaso se dirigió a las tierras de la diosa Sjöfn.

Cuando ya estaban llegando Zeus le indicó a su montura que aterrizara cerca de un pequeño remanso que hacía un riachuelo que iba a desembocar en el lago y que discurría paralelo al camino utilizado por la

muchacha. Una vez allí indicó a su corcel que galopara sin hacer ruido hacia los primeros árboles del bosque y que le esperara allí con las alas totalmente ocultas simulando los adornos de una silla de montar.

Mientras tanto el seductor inició su transformación que acabó al adoptar la forma de un magnífico cisne de un deslumbrante color blanco. Inmediatamente se puso a nadar en el remanso a la espera de la joven.

Igual que en el encuentro anterior dejó que la muchacha se acercara hasta una distancia razonable. En primer lugar para darle un nuevo vistazo y después para hacerse notar ostensiblemente. Conseguidos los dos objetivos echó a volar en dirección a los árboles donde se ocultaba Pegaso. Una vez allí se transformó en un joven muy bien parecido y elegantemente vestido que montando a lomos de su cabalgadura salió al encuentro de su presa.

Al divisar semejante jinete en tan magnífica montura la moza dejó traslucir su asombro en su bello rostro.

Al ver aquella expresión Zeus pensó que la cosa estaba hecha. Así que con una voz perfectamente modulada se dirigió al objetivo de sus anhelos a fin de rematar la faena.

- ¡Caramba! ¡Esto sí que es una grata sorpresa! Una hermosa doncella, sin duda la más hermosa del lugar. ¿Venís del lago tal vez?

- Sí. En efecto. - Contestó la interpelada.

- Tal vez, pues, hayáis visto un hermoso cisne al que estoy persiguiendo.

- ¿Y puede saberse a qué se debe tal persecución?

- "Otra vez preguntando en lugar de responder. ¡Vaya con la niña!" - Pensó Zeus para sus adentros. Y dirigiéndose a ella en voz alta continuó. - Verás. Quería glosar la belleza de ese magnífico animal componiendo unos espléndidos cantos que describan toda su hermosura. Pero al veros a vos creo que voy a cambiar la fuente de mi inspiración.

- Disculpad pero no creo que me encuentre cómoda siendo perseguida y acosada como un pájaro.

Y sin decir más marchó a paso rápido en dirección al bosque. Y nuevamente Zeus se quedó de una pieza, sin poder reaccionar durante un buen rato. Al cabo del cual empezó a preguntarse qué es lo que había fallado esta vez. Al principio pensó que la muchacha estaba de verdad interesada en él. Pero de nuevo la cosa se había torcido de manera

inesperada.

Abatido por el nuevo fracaso hizo que Pegaso desplegara sus alas y tomaron el camino de regreso a palacio.

Zeus estaba con la moral por los suelos. Lo único que le daba un poco de consuelo era que Júpiter no daba muestras de progresar mejor que él. Cada vez que sus respectivas esposas organizaban algún banquete o encuentro de otro tipo ninguno de los dos hablaba del tema del desafío. Comentaban anécdotas anodinas, habladurías insignificantes y otras naderías. Pero mientras tanto cada uno intentaba detectar en el otro cualquier signo de triunfo sin que nunca se concretara.

Con aquel mínimo de esperanza Zeus retomó sus pruebas a fin de dar de una vez por todas con algo que derrumbara las defensas de la damisela.

Se maldecía continuamente por haber lanzado aquel desafío, ya que las perspectivas de ganarlo eran escasas. No se le ocurría nada que pudiera funcionar, el tiempo acordado se estaba acabando y…

Y entonces fue cuando al rey de dioses se le ocurrió algo que podía funcionar. “¡¡¡Claro!!!” - Pensaba Zeus. “¡¡¡Como no se me había ocurrido antes!!!”

A toda prisa puso en marcha su proyecto del que solo vamos a contar que incluía un magnífico vestido de mujer, unas elegantes joyas, perfumes caros y delicados maquillajes. Eso en el camino de ida. En el de vuelta todo ello se acompañaba con un enorme dolor en la entrepierna, seguramente como consecuencia de algún tipo de patada propinada por alguien muy ofendido.

Capítulo 8

El desenlace

Derrotado. Esa era la palabra que describía el estado de ánimo de Zeus. Derrotado y deprimido. Derrotado, deprimido y humillado. Y arrastrado. Y ninguneado. Y menos tenido. Y hecho polvo. Y desanimado. Y pateado en los hígados. Y pateado en los páncreas. Y machacado. Y triturado. Y… en fin, hecho una caca de la vaca.

Durante días no supo lo que hacía. Ni tan siquiera sabía lo que pensaba. Nada a su alrededor tenía sentido. Había perdido todo su amor propio. Al haberse embarcado en aquella absurda historia había echado a perder un montón de cosas.

Lo único que cabía hacer, habiendo llegado a este punto, era hablar con Júpiter y poner fin a aquel dislate antes de que fuera demasiado tarde.

Curiosamente, una vez llegado a este punto, recibió un mensaje de parte del romano en el que le rogaba que, a la mayor brevedad posible, tuvieran una reunión a fin de hablar del tema del que hacía casi un año que no trataban.

Al parecer Júpiter había llegado a la misma conclusión que él.

Sin pensárselo dos veces Zeus organizó las cosas necesarias para tener un encuentro con Júpiter y debatir las posibles alternativas que pudieran darse para solucionar el barullo que tenían montado.

Escogió el monte Pilio, sitio tranquilo siempre y cuando no te cruzaras con ninguna cuadrilla de centauros de los que abundaban por aquellos lugares. Las vistas sobre el golfo de Volos por una banda y las del mar Egeo por la otra hacían de ese lugar una maravilla natural muy adecuada para llevar el reposo a las mentes atormentadas.

Al recibir Júpiter la respuesta a su comunicado, en el que Zeus le planteaba reunirse en un monte de la costa, un escalofrío recorrió su espalda. Todavía tenía muy presente la reunión celebrada en la isla de las sardinas y no se fiaba para nada de las cualidades de anfitrión del griego.

Pero una vez instalado en los aposentos para él reservados y conducido por un criado hasta una terraza donde esperaba una mesa espléndidamente dispuesta, con una magnífica cena para dos, se disiparon todos sus recelos: todo estaba perfecto.

Sin apenas dirigirse un mínimo de cortesías empezaron el intercambio de

pareceres.

- Júpiter. No sé cómo te ha ido a ti con la joven nórdica, pero yo he tenido una de las experiencias más lamentables de mi vida.

- Igual que yo. Nunca me he sentido tan humillado como con esa pérfida muchacha.

- Cuenta. Explícame cómo fueron tus correrías.

- Bueno… pues... - Júpiter parecía reacio a explicar sus andanzas hasta que Zeus le achuchó impaciente. - Verás… decidí presentarme a la muchacha bajo la apariencia de un mago adivino para seducirla con mis dotes de vidente. A todo el mundo le gusta conocer su futuro. Pero a ella parecía importarle un bledo y con un par de frases, que no acabé de entender del todo, me dejó plantado como a un cretino. Al cabo de un tiempo, cuando pude recuperarme del incidente, volví a la carga, esta vez con la apariencia de un soldado con un uniforme, que solo con verlo, a cualquier mujer le hubieran temblado las rodillas de deseo. Pero de nuevo lo mismo. Después, hace pocas semanas, me presenté…

- Vale. Ya tengo bastante. Te ha pasado exactamente lo mismo que a mí. - Cortó Zeus a Júpiter y a continuación le refirió un breve resumen de sus propias andanzas. - Tenemos que poner fin a esto y no se me ocurre otra solución para resolverlo que ir a ver a la muchacha y que nos explique el porqué de su actitud. ¿Estás de acuerdo?

- Por supuesto. Tenemos que saber el motivo de su desdén y su burla hacia nosotros.

- Pues mañana mismo, a primera hora, partiremos para tener una entrevista con ella.

oOo

Apenas despuntado el día los dos divinos tomaron el camino que ahora conocían de memoria. Sin ninguna necesidad de hacerse pasar por otra persona, animal o cosa viajaron en su forma sobrenatural y en un instante llegaron a su destino. Allí se aparecieron de esa manera a la muchacha que, como cada día, había concluido su baño cotidiano. El encuentro entre los tres produjo una onda conmocional que toda vida animal y vegetal en varios estadios de distancia pudo detectar.

- Salud hermosa Sjöfn. - Saludó Zeus cortésmente.

- Salud para ti también “precioso” Zeus. - Contestó altiva la joven. - Y

salud para ti también “bonito” Júpiter.

- ¡Ya estamos otra vez igual! - Intervino malhumorado Júpiter. - ¿Qué pasa? ¿No puedes aceptar un cumplido de lo más normal y educado?

- ¡Espera un momento! - Exclamó Zeus perplejo. - ¿Nos conoces?

- Por supuesto que os conozco. Mucho mejor de lo que os pensáis. Y, por cierto, es un detalle que por una vez os dignéis presentaros tal cual sois en realidad.

- O sea, que ya sabes que nos hemos visto antes bajo otras apariencias. Y que cada una de esas veces nos has colmado de desprecio y desconsideración con una arrogancia insultante.

- En efecto. Desde la primera vez que os vi, no sé si recordaréis, espiándome bajo la apariencia de unos torpes halcones, empecé a sospechar que algo se estaba tramando y que eso podría afectarme de alguna manera.

No tenía idea de lo que podía ser, así que, por motivos de mi propia seguridad, decidí informarme a través de mi red de espías que cubren el mundo conocido y parte del desconocido. Cuál no sería mi sorpresa al enterarme de que los fisgones eran, nada más y nada menos, que el rey de dioses griegos, Zeus y el rey de dioses romanos, Júpiter.

Profundizando más en el tema llegué a enterarme de los motivos de la observación a la que fui sometida. Se trataba ¡oh reyes de dioses! de una absurda apuesta en la que yo era la pieza a ganar. ¿Os imagináis cómo me sentí? ¿Podéis llegar a haceros una idea de lo que aquello me dolió?

Por lo tanto decidí haceros pagar aquella afrenta de la manera más humillante posible y haceros probar vuestra propia medicina.

Si hubierais venido sinceramente a mí hubiéramos podido tener una muy buena relación. Nada hay más importante para mí que el amor en el hombre y en la mujer. Y viéndoos así, con vuestra verdadera apariencia, creo que echasteis a perder esa oportunidad obrando traicioneramente.

No sé cómo serán las mujeres en vuestros países, pero por aquí lo que queremos, perdón, lo que exigimos es el respeto ante todo.

Tanto Zeus como Júpiter estaban cabizbajos, avergonzados por la dura regañina que estaban recibiendo. Y además por lo apropiado de la misma.

- Bueno… Visto así tengo que decir que comprendo tu reacción y te ruego que aceptes mis disculpas. Desde un principio esta historia ha sido un

disparate y creo que nos está bien merecida la lección que hemos aprendido… y sufrido. ¿No lo ves así Zeus?

- Si, Júpiter. Yo también te pido perdón, bella diosa, por haber sido el artífice de todo este desastre y solo me queda suplicarte que no nos guardes rencor y que sepas perdonar a este par de berzotas que han osado perturbar tu armonía y paz interior.

- Os perdono, como no podía ser de otra manera. Y, sobre todo, por los buenos momentos que me habéis hecho pasar cuando he tenido que trataros con vuestras apariciones de adivinos, poetas, sacerdotes, campesinos musculosos, soldados y hasta una hermosa dama, todos ellos intentando seducirme con las tácticas más infantiles que he visto. No os podéis creer lo mucho que me costó mantener serio mi rostro cuando en mi interior estaba riendo a carcajada limpia por vuestra ingenuidad.

- Sí. Me lo imagino. Pero bueno, ahora que ya todo ha terminado creo que podemos dar este tema por concluido y quedar como buenos amigos. De todos modos un pequeño detalle: si tuvieras que elegir entre uno de nosotros ¿Cuál sería tu opción: yo o el atontado de Júpiter?

- Zeus. Me parece que quieres meterte otra vez en líos. Deja las cosas como están y, si os parece bien bella dama, podríamos quedar más adelante, los tres, por ejemplo en el templo de Júpiter Óptimo Máximo o en cualquier sitio que os plazca y preparar un buen banquete para celebrar que todo haya tenido un final excelente.

- Me parece una muy buena idea. - Respondió Sjöfn sonriendo pícaramente al tiempo que en su mente se bosquejaban un sinfín de maneras de gastar divertidas bromas a aquel par de curiosos personajes.

FIN